


MINOU

SORPRENDENTE

MINOU



A los ocho años de edad, Minou Drouet asombró al público y a la crítica de París con un libro de poemas que provocó controversias apasionadas. Minou se convertía, con esta primera obra, en el miembro más joven de la Sociedad de Autores francesa, y ganaba una popularidad sólo comparable a la de una «estrella» cinematográfica de moda. De la «niña prodigio» sólo queda el recuerdo de su epatante aparición. Minou ha crecido, ha cumplido quince años, ha estrenado ya sus primeras medias, ya tiene novio. Después de realizar varias incursiones a través de campos ajenos a la poesía —el cine y el music-hall—, retorna ahora a la literatura para cultivar una faceta que venía ejerciendo sobre ella poderosa atracción: el periodismo. A continuación les ofrecemos una muestra de su nueva actividad. En el reportaje gráfico que publicamos figura, asimismo, un reflejo de su reciente actuación como intérprete de sus propias canciones.



Chevalier expone a Minou Drouet, acurrucada sobre la alfombra ante él, los recuerdos de su época y las diferencias más manifiestas que nota entre ella y la nuestra.

A LOS QUINCE AÑOS DEBUTA COMO PERIODISTA E INTERPRETE DE SUS PROPIAS CANCIONES



EN el momento en que uno de nuestros más grandes deseos se va a realizar, se siente, imperceptiblemente, un vuelco en el corazón, un apresurado latir en las sienes y notamos «carne de gallina» en los brazos. Porque la realización de un deseo, incluso del más grande, entraña una pérdida: la de este deseo. Hace años que deseaba hacer periodismo, por fin voy a cumplir este anhelo.

Hago la compra a una velocidad endiablada. La pescadera me apremia:

—¡Eh!, princesa, tengo cabezas de pescadilla para

Minou acaba, también, de presentarse como intérprete de sus propias canciones. Casi todos los críticos le han dispensado una favorable acogida. Las canciones de Minou Drouet revelan su talento poético, su enorme gracia expresiva. Las tres más celebradas fueron: «Me he citado con el claro de luna», «El pájaro azul» y «Tres hojas de otoño».

tu siamesa, acércate. —Y me mira con pupila penetrante, añadiendo:

—Seguro que tú me ocultas algo extraordinario... Sosteniéndome alternativamente en uno y otro pie, susurro:

—Voy a entrevistar dentro de una hora a Maurice Chevalier... en su casa. (La acera deja de súbito de ser una acera para convertirse en... no encuentro el nombre. Las cabezas de pescadilla y el plato de arcuques que ella traía para un cliente va a parar al asfalto.)

—¡Válgame Dios! Esto no es posible. ¡Maurice... vas a ver a Maurice! Bueno... si tú lo hubieras visto cuando cantaba «Ma Pommes», me podrías comprender. Llenos los ojos, lleno el corazón... cuando lo iba a ver... Tú no puedes entenderme, eres una chiquilla...

Voy hacia Marne-la-Coquette, por un bosque de St. Cloud, cubierto de blanco por gracia de la escarcha: hilos eléctricos con barbas de cisne, hierba tensa dentro de fundas de arco-iris. En el coche, experimento, Dios mío, la sensación atroz de tener, esta mañana, más dedos dentro de mis

SIGUE



«¿Tiene usted miedo?» le pregunta Chevalier a Minou. «¿Miedo? Jamás». Pero la actitud de ella desmiente la respuesta. Tras ellos, sobre la pared, los recuerdos del cantante, enmarcados: Chevalier en varias de sus distintas épocas, Mistinquette (su gran amor).



«¿A quién ha querido usted más en el mundo?» «A mi madre», ha respondido Chevalier. ¿Y después? «Me ha gustado mi vida. En ella no cambiaría nada.»

CHEVALIER, SU PRIMER ENTREVISTADO, LE CONFIESA:

guantes, más piernas bajo mi falda, que de costumbre. Mis piernas, yo acaricio mis medias, mis primeras medias, Dios mío, los lazos de mis zapatos, tan arrogantes, dan ahora a mis pies el aire de un viejo «cockero»...

La casa se estira como una gata en esta mañana invernal. La puerta se va a abrir. Les juro que mis dedos se empuñan dentro de mis guantes...

Un cerrojo... dos cerrojos...

Una forma blanca, en voz baja: «¿A quién debo anunciar?» El gran salón anuncia, por sí solo, que un decorador ha pasado por aquí. ¿Hay algo más triste que una alfombra en la cual ningún gato ha afilado sus garras?

En el inmenso umbral advierto, mirando de reojo hacia el salón, que la puerta se pone en guardia...

La secretaria me conduce al despacho.

Detrás de esta puerta, hay un hombre por el cual las cabezas de pescadilla han ido a parar al asfalto.

¡Dios mío, has creado las capas para hacer morir de vergüenza a las muchachas que quieren hacer periodismo! Imposible sacar mis manos para saludar. Pero ya escucho besos alegres que estallan sobre mis mejillas y sobre mejillas que no son mías. Espantoso; como las manos de la periodista que viene a verme no saben saludarle, Maurice Chevalier ha encontrado otro medio de presentación.

Maurice parece divertirse disparatadamente al ver que mi capa, esta sagrada capa, se agita frenéticamente como si una camada de perros se debatiera debajo. Y riendo como un chiquillo, sugiere:

—Quítese el gabán; tiene usted el aspecto de un bebé. —Es horroroso que los ojales se nieguen a divorciarse de sus botones en las grandes ocasiones. Al fin, la capa consiste en caer abatida sobre la al-

fombra. Mi bloc y yo nos escondemos en un sillón, de cara a Maurice, que tiene el aire de divertirse cada vez más.

Su boca socarrona, esta boca llena de vida, entre los dos paréntesis que resbalan desde la nariz, pregunta:

—¿Tiene usted miedo?

Desde el fondo de mi aturdimiento, me escucho decir, calmadamente, mientras la pluma estilográfica «madisona» sobre mis rodillas:

—¿Miedo? ¡Jamás!

"La vida ha sido tan amable..."

Sobre el piano, el retrato de una señora mayor.

—Y si le preguntara quién le ha querido más en el mundo?

—Mi madre.

Hay palabras que huyen, palabras que cesan de escribirse en negro y blanco, para convertirse, en el ojal de un texto, de una frase, en una flor rosa o azul.

—¿Hay alguna cosa que usted haya deseado y que la vida no le haya concedido?

Su voz se despoja de su tono de burla, se hace más baja; ya es una voz que, dulcemente, parece excusarse del éxito de su dueño.

—No, no. La vida ha sido tan amable conmigo que... sin su gentileza ya sabe lo que me esperaba: ser un obrero; un modesto obrero, como mi padre.

Su acento es verdadero, desnudo de toda «pozo»; yo me acurruco sobre la alfombra, ante él.

La vieja, los jóvenes, me habían dicho:

—¿De verdad que vas a ver a Chevalier, ése que cree haber inventado el twist?

Yo le miro ahora como se escruta, molécula a molécula, la hoja que se quiere incluir en un herbario. Una corriente de alegría parece circular por sus venas; la mirada ríe, adelantándose al labio inferior, que rehúsa tomar al resto en serio; el perfil se ofrece de más buena gana que la cara; la oreja y la mano son jóvenes, vivas; el mentón se alza cuando la pregunta le interesa.

—¿Y si le preguntara de qué recuerdo está usted menos orgulloso?

Una fracción de segundo. Una mano trata de borrar, quizá, sobre la frente, el recuerdo de este recuerdo... Parece mirar muy lejos y murmura:

—A nadie le gusta hablar de las cosas de que no está orgulloso... Por eso no pienso decir nada.

Otros, en mi opinión, responderían: «Yo no tengo esa clase de recuerdos...»

—¿Si usted tuviera la oportunidad de comenzar de nuevo su vida, la repetiría...?

Me interrumpe:

—Creo que está bien que tengamos una sola vida y que la muerte constituya el acabamiento normal de la existencia...

Termino mi frase porque este rostro de luchador no está hecho para aceptar tan pasivamente la idea de la muerte.

—¿...Repetiría su vida de la misma manera que la ha vivido?

El alza hacia la teoría de retratos de Chevalier que cubren las paredes, una mirada que trata de



Terminó la entrevista entre dos generaciones: Minou Drouet, quince años; Maurice Chevalier, setenta. «En mi época, los medios de lucha eran más difíciles que hoy».

"SI VOLVIESE A VIVIR, TOMARIA EL AMOR MAS EN SERIO"

escalar el pasado, un pasado que se extiende aquí, cerca de su mesa de despacho, expresado en los rostros de Mistinguette, de Fréhel y de otros muchos...

—Me ha gustado mi vida. Estoy seguro que en ella no cambiaría nada.

—¿Nada de nada?

—Quizá tomase el amor más en serio... No puedo explicárselo bien, usted es todavía una niña... pero al amor le he dejado muy poco sitio. Si se tratara de rehacer la vida... ¡Dios mío, si se pudiera rehacerla!

Chevalier, "un palote de la historia francesa"

—¿Ha lanzado usted a muchos jóvenes?

—Sí, pero no quiero nombrar a ninguno... —Y riendo sin rencor, concluye:

—...Desde sus primeros éxitos, se han olvidado de decirme «gracias». Así es la vida.

—¿Qué diferencia establecería entre los jóvenes de su época y los de hoy?

—La diferencia del ritmo que impone la existencia: en mi época se tenía tiempo para vivir, y en cuanto a luchar, los medios eran infinitamente más difíciles que ahora. Actualmente, a un artista cualquiera que actúe ante las cámaras de televisión le ven millones de espectadores, y al día siguiente es famoso... Pero para fundamentar todo éxito, sea cual sea la época, hacen falta talento y trabajo.

—¿Cuáles son sus proyectos?

—Un film con Walt Disney, una «tournées» por los Estados Unidos, intervención en la televisión en Canadá y Londres y luego un recital en los Campos Elíseos allá para la primavera.

Apenas me atrevo a preguntarle cómo pasa sus ratos de ocio, después de un programa tal.

—Voy al cine, al teatro, paseo...

—¿Qué piensa de los nuevos ritmos?

—Encantadores si se bailan bien... porque todo puede ser bailado como un salvaje o como un príncipe... pero pienso que hay demasiados. Se bautizan con nombres nuevos, simples transposiciones de la samba, de la rumba, del tango...

—Quería preguntarle... pero tengo miedo de ser indiscreta.

—Adelante... Con su airecito distinguido nadie se atrevería a negarse a contestarle.

—¿Cuál es su deseo más querido, más verdadero...?

La respuesta, apenas perceptible, se la hace a sí mismo más que a la muñeca que, sentada sobre la alfombra, debe tener el aire de un bufuelo calido.

—Acabar mi vida de acuerdo conmigo mismo.

Sobre el piano, una señora anciana, dentro de un marco, contempla al muchacho vigoroso que se ha levantado, un muchacho bien plantado, de esos que podrían cumplir cien años sin encorvarse nunca. Un hombre ancho, vertical, robusto, vestido de ese azul con que ha entrado en la leyenda..., un muchacho que no puede hacer nada en favor o en contra de Maurice Chevalier porque, queridos amiguetes de mi edad, se quiera o no, Maurice Chevalier es uno de los «palotes» con los que se escriben las letras de

nuestra historia, «palotes» como lo son la torre Eiffel, la plaza de la Concordia, el jardín de Bagatelle, una tarde de junio...

Y, de pronto, mientras mi capa me recupera, me parece escuchar la voz de aquel vienés al que yo preguntaba, al salir de mi primer concierto en Austria: «Si se le pidiera citar los tres objetos que, para usted, representan a Francia, ¿qué elegiría?» Y había respondido:

—El sombrero de Napoleón, un muelle del Sena y el «canotiers» de Chevalier.

Esta mañana, la pescadera me ha llamado, y me ha preguntado en voz baja:

—¿Has pasado miedo al saludarle?

Mi dedo índice le ha indicado, sobre mi mejilla, cómo nos hemos presentado.

Con su delantal azul ha limpiado su rostro, y se ha aproximado a mí para recoger aquel beso que habla estallado como una vela. No ha dicho nada, me ha mirado, y después se ha vuelto hacia sus clientes.

Hay momentos que no están hechos de mármol, sino de materiales inusitados: un beso, un silencio y, sobre una acera de París, un despliegue de cabezas de pescadilla y de arenques.

Si la gloria es el reconocimiento de las gentes a todos aquellos que les han dado lo mejor de sí mismos, entonces me pregunto si hay muchas «estrellas» que puedan esperar esta gloria, en una época en que el público se entusiasma y deja de entusiasmarse con la misma pasión.

MINOU DROUET
Reportaje Odej-Pressé
(Fotos Henri Varenne)